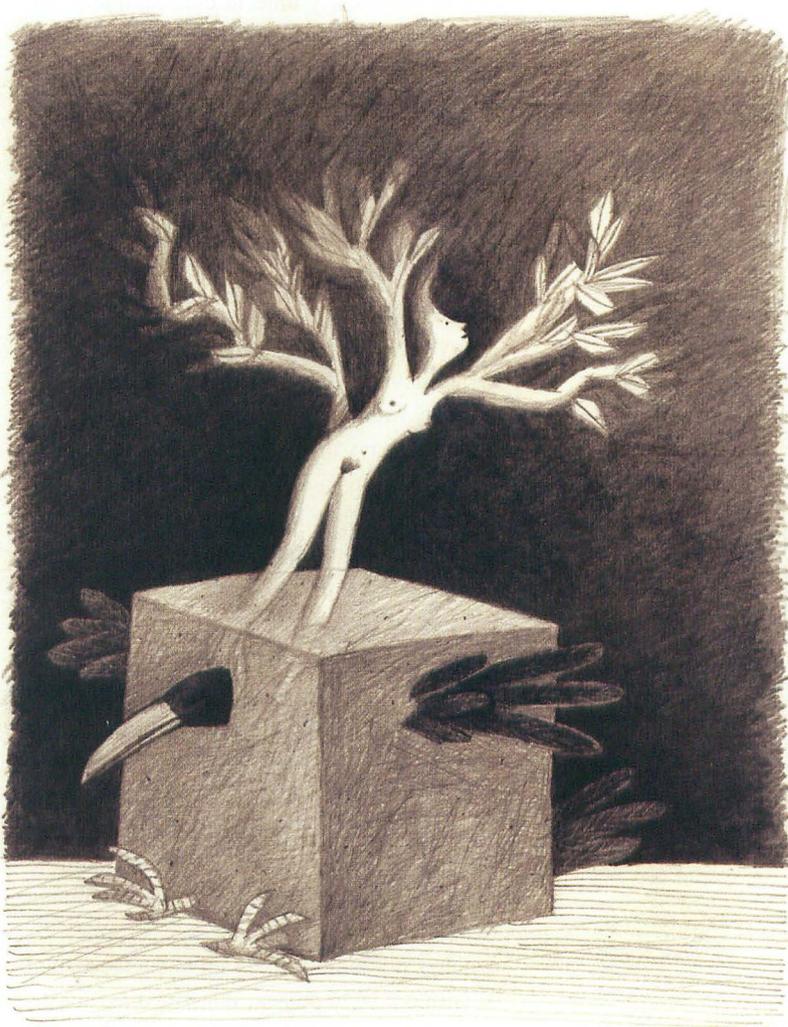


La historia es

Entre la página en blanco y el escritor media una tradición. Entre la página impresa y su escritor ha habido un proceso de búsquedas y renuncias, de reflexión, lecturas y aprendizajes. En pocas ocasiones podemos ser partícipes de ese tramado de experiencias, sentimientos y pensamientos que se desvanecen una vez que la obra ha llegado a las manos del lector. Xosé A. Neira Cruz reúne las cualidades de ser un escritor con voz propia, un lector con asentado criterio y un profesor de notables habilidades expositivas pero, sobre todo, destaca en sensibilidad, inteligencia y agudeza. En Cartas de navegación tenemos la oportunidad de contar con un excelente guía que nos conduce por las arduas y apasionantes rutas de la creación literaria y con la ilustradora Teresa Novoa que, en uno de sus registros menos conocidos y más personales, recoge en grafito las vicisitudes de este viaje.

Siempre me he preguntado por qué unas historias nacen, incluso a pesar de muchos obstáculos, y por qué otras, que parecen bendecidas por todo tipo de facilidades, se quedan definitivamente en el limbo (que ahora ni siquiera existe) de las posibilidades frustradas. Me lo pregunto siempre que una historia me ronda y, a medida que esa historia engorda en mi cabeza (ese proceso de escritura previo a la escritura misma, en la que llenamos cientos de folios mentales), me asalta el temor de si ese argumento que, en principio, parece ir trenzándose con habilidad, se quedará, en un recodo del camino, inevitablemente abandonado. Del mismo modo, me absorbe la curiosidad de entender por qué otras historias a las cuales ni siquiera hemos dedicado el tiempo imprescindible de una adecuada reflexión, nos encadenan de pronto a un espacio físico adecuado (sea papel, sea ordenador, lo que sea con tal de quedar plasmadas) con la urgencia de querer nacer y vivir incluso a pesar de los deseos o prioridades de su creador.



© Cortesía de Teresa Novoa

Hace escasas semanas viví esa situación, una de tantas que, en el mundo de la literatura, me superan y me dejan sin explicaciones, quizás porque ni hay explicaciones para todo lo que hacemos ni tiene por qué haberlas. Me encontraba yo en ese momento en la necesidad/urgencia de poner el final a una novela bien pensada (al menos suficientemente documentada, sopesada y diseñada) pero privada del impulso existencial que hace que el libro tire del escritor, y no a la inversa. Tener que hacer nacer implica muchos riesgos, lo saben las comadronas experimentadas, quienes, a pesar de haber ayudado a traer al mundo miles de vidas, siempre tiemblan un instante antes de intervenir en el proceso natural de un nacimiento. Ver nacer, sentirse arrastrado por la acometida de un proceso que, aunque se quiera, no podemos frenar, fascina. Quizás porque encierra en sí el milagro intrínseco de la creación, esa pulsión que no admite dilaciones ni recortes, y ante la cual simplemente nos entregamos. Por la vivencia de esa pulsión que se aleja de todo lo ordinario, o que parece hacernos vivir en un espacio al margen, muchos escribimos. También por eso.

En el pulso incierto de hacer nacer del todo esa novela que se resistía a cuajar, y echando mano de todo tipo de fórceps (trabajar más horas de las convenientes, tensar las cuerdas narrativas más de lo necesario, ensayar nuevas soluciones que, en realidad, saben a viejo desde el primer instante), se impuso finalmente la inevitable rendición. La novela no quería nacer, no acababa de fraguarse con la ligereza y solidez que yo deseaba, y forzar la máquina iba a suponer, simplemente, aniquilarla para siempre. En el límite de los plazos –ese otro mal literario o editorial con el que hay que bregar y que se convierte, con más frecuencia de la esperada, en una de las guillotinas del proceso creador– tiré la toalla. Prefiero mil veces no cumplir a cumplir sabiendo que lo que voy a entregar no me hace vibrar ni siquiera una pestaña. Tener que cerrar el documento con la certeza de que no va a ser abierto durante algún tiempo, o que no será abierto nunca más, sabe a fracaso. Fracasar, después de muchas horas de trabajo en silencio, arruga el ánimo y hace pensar, una vez más, si esto de escribir es realmente lo nuestro. Pero fue ahí, en ese momento de heridas abiertas y vergüenzas contenidas (tener que decir que

no duele, máxime cuando uno ha contado con la confianza de un editor, en este caso una editora, que, en el largo recorrido de seguimiento, más que en la otra parte contratante se ha ido convirtiendo en una compañera y una amiga al otro lado de las páginas), cuando surgió de nuevo el chispazo. Otra historia se adueñó de pronto de la escena. Los focos se habían encendido inesperadamente. Iba a ver función y el estreno nos cogía de sorpresa.

Empezar a escribir y ya no poder parar. He ahí el placer, o una de sus caras para los que amamos contar historias. Detener el tiempo o apearse en una acera del mismo. Ver alejarse el autobús de la monotonía. Dejar de afeitarse. Dejar de dormir. Descuidar las comidas. Llenar la mesa de trabajo de anotaciones, algunas escritas a toda prisa con lápiz sobre la superficie blanca de formica. Despertarse en el duermevela de un decaimiento y correr como un desesperado en busca de un trozo de papel. Tener la indomable necesidad de escribir eso tal y como las palabras han acudido a la cabeza. Porque es así, y no de otro modo, como la historia tiene que continuar. Perder una palabra por el camino puede equivaler, en algunos casos, a perder el tono, del que ya hemos hablado aquí. Perder el tono puede suponer dejar la historia sin hálito vital.

Y seguir escribiendo hasta el fin, sin parar, sabiendo que esa historia, la que sea, preexiste de algún modo a nosotros mismos, porque lo que contamos “es así”, como advertía Borges. Lo que contamos es así, siempre ha sido así, y de pronto nos encontramos metidos en el papel de mecanógrafos de nosotros mismos, copiando al dictado frases completas que llegan a nuestro oído interno susurradas por la propia voz firme y suave de la historia que quiere ser contada, que se deja escuchar.

De ese modo, en pocos días, una novela que ni siquiera había pensado nunca escribir descansaba en mi ordenador a buen recaudo. Mi cabeza, liberada, volvía a descansar. Mi organismo se reponía del exceso. Recuperar horas de sueño, adecentar el físico y cuidar la higiene, alimentarse convenientemente. Los trabajos de la vida diaria de vuelta a sus fueros, con la tranquilidad y la satisfacción de que la misión se ha cumplido, y de que la historia, esa historia, ha sido arrancada a la vida.